

V. M. que su alto carácter de Soberano, así como nuestra calidad de generales, nos impone un último deber, que será también un costoso y heroico sacrificio.

«Atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, vencéndolo en todos los puntos de su línea: si las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primero la artillería y todos los trenes, y rompiendo después el sitio á todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo al mayor número de soldados del ejército imperial.» (1)

Tal como está redactada la anterior «Exposición,» resulta absurdo el proyecto de salida, y con razón ha dicho el ex-General Márquez que no era soldado Arellano, que fué quien lo redactó. Para el caso de que las tropas imperiales fuesen rechazadas en su ataque, es decir, para el caso de que fuesen derrotadas, proponían los generales que se evacuase la ciudad—como si en vez de estar cercados tuviesen libres sus espaldas. Es cierto que agregan «y romper el cerco» pero, como antes han dicho que inutilizarían de antemano toda la artillería, es evidente que, sin la protección de arma tan poderosa, serían de nuevo rechazados en su intentona de romper el cerco. Pero el pensar íntimo de los generales, su intención verdadera está revelada por esta frase de su mencionada «Exposición:» «En tan dura extremidad, los que suscriben creen cumplir con un deber de conciencia y de soldados, diciendo á V. M.: que su alto carácter de Soberano y nuestra calidad de Generales, nos impone un último deber, que será también un COSTOSO Y HEROICO SACRIFICIO.»

Una batalla general con probabilidades, aunque escasas, de éxito, y una salida lograda á viva fuerza, no pueden ser consideradas como un *costoso y heroico sacrificio*. Nó, en realidad, el proyecto de salida consistía en sacrificar al Ejército para que se salvaran sus principales jefes y

(1) «Reseña Histórica del Ejército del Norte,» pág. 223.

una escasa porción de la caballería que les sirviera de escolta.

A principios del sitio Márquez propuso el abandono de Querétaro y la salida de todo el Ejército, idea que fué combatida ocultamente por Ramírez de Arellano que hizo ver al Archiduque que esa retirada equivalía á una derrota. Al finalizar el sitio, esa salida, efectuada en condiciones mil veces peores que cuando Márquez la proponía, tenía que ser inevitablemente, no ya una derrota, sino todo un desastre.

Así lo indica bien claramente Don Leonardo Márquez cuando dice: «Téngase entendido que todas estas desgracias que Arellano no supo ni prever ni evitar, las preví yo desde antes que comenzara el sitio y esta es la razón porque quise que saliésemos de la plaza antes que se formalizara; y después propuse que lo rompiésemos cuando todavía era tiempo de hacerlo. Entonces Arellano, que no es militar, se opuso á ello, y trabajó asiduamente, como él mismo lo ha dicho, hasta que consiguió del Emperador que desistiese de esa idea, y después, cuando ya las tropas imperiales estaban casi exánimes de hambre, de enfermedad y de fatiga, cuando los sitiadores habían aumentado sus fuerzas, habían estrechado el sitio y multiplicado sus obras de defensa, cuando Puebla se había perdido, cuando México estaba sitiado, cuando no podíamos disponer de los 20,000 hombres ni de las 100 piezas de artillería que hubiéramos reunido en el acto, si se ejecuta el movimiento cuando yo lo propuse; y finalmente, cuando hasta la salida de Querétaro era más difícil, entonces la proponía Arellano.»

La solución adoptada por los generales consistía en sacrificar á sus tropas para salvarse ellos, asimilando la caída de Querétaro á los desastres de Calpulálpam y de Jalatlaco. Pero si no se creyese bien probada esta verdad, léanse los siguientes párrafos del «Diario del Sitio,»

inspirados por el General Miramón y escritos por uno de sus hermanos. Dicen así: (1)

«Día 13.—Los soldados y paisanos manifiestan deseos de que concluya esta situación, y los primeros continúan desertándose. Varios generales y jefes han perdido el ánimo que parecían tener en épocas de prosperidad, y difunden ideas que desalientan á los que conservan aún su serenidad y sangre fría. El Exmo. Sr. General Miramón procura atender á todo y por su energía solamente se sostiene la plaza y se conservará ileso el honor de las armas hasta el último trance. Se ha determinado librar una gran batalla (ya hemos visto que esto no era posible) para resolver la cuestión, y mañana es el día destinado para poner en práctica el gran plan acordado entre S. M. el Emperador y los Generales Miramón, Mejía y Castillo.....»

«Día 14.—Si el plan fracasa, se emprenderá la retirada (¿por dónde? si estaban cercados) tomando cada cual el rumbo que le parezca, pues las tropas no volverán á la ciudad, ni será posible, puesto que deben abandonarse los parapetos de la línea de defensa, con excepción de los de la línea del río, que deben ser cubiertos y defendidos hasta el último momento. El Sr. General Mejía no ha logrado reunir los voluntarios que había propuesto, pues ha decaído mucho el ánimo del pueblo queretano. Las tropas manifiestan también gran desaliento y abandonan las filas imperiales con el mayor descaro; de modo que á las 6 de la tarde de este día que es la hora en que esto se escribe, puede decirse ya QUE NO HABRÁ BATALLA y que sólo se intentará una salida á mano armada para que SE SALVE EL QUE PUEDA. A las 7 de la noche ha sido llamado por el

(1) Debo á la bondad de mi distinguida y respetable amiga la señora viuda de Don Ignacio M. Altamirano, haber tenido en mis manos el citado "Diario." Ya el Maestro Altamirano, en el "siglo XIX" había anunciado que lo poseía, aunque llamándolo "Diario de Miramón," probablemente porque supo que había sido escrito bajo la inspiración de éste.

Emperador el Excelentísimo Señor General Miramón, quien después de una larga discusión con su Majestad recibió la orden de suspender todo movimiento hasta la noche del próximo día 15, y en consecuencia, se mandó quedara sin lugar la operación, lo cual hizo aumentar el desaliento de las tropas. El General Méndez ha sido quien ha hecho desistir á S. M. del proyecto de salida, ofreciéndole que para el siguiente día 15, podría verificarse con buen éxito; y á pesar de las observaciones del General Miramón y á pesar también de la absoluta falta de víveres y pasturas, el Emperador ha insistido en que obsequiando (se obsequien) los deseos del General Méndez, y contra la opinión del Excelentísimo señor General Miramón quien contestó á S. M.: «DIOS NOS CUIDE EN ESTAS 24 HORAS.»

«Día 15.—A las dos de la mañana desertaron de sus puestos en la línea del río los jefes del batallón de Querétaro, coronel José María Paz y Puente, teniente coronel Pedro Ontiveros y comandante de batallón Gil de Castro, quienes fueron á presentarse al enemigo, causando una gran alarma en su batallón y en la línea.... Entretanto el enemigo introdujo sus tropas por el convento de la Cruz; las imperiales se retiraban hacia el Cerro de las Campanas y otras se pasaban al enemigo que iba poco á poco tomando la línea, sin encontrar resistencia pues había llegado el momento de que cada cual buscase su salvación.»

Queda plenamente probado, que la salida habría consistido en un simple ¡salvese el que pueda!

EL PROYECTO DE MAXIMILIANO.

La solución adoptada por los generales en su «Exposición» á Maximiliano, buena bajo el punto de vista exclusivo de aquellos jefes, era mala, muy mala, bajo el punto de vista personal del Archiduque, y esto explica que

el titulado Emperador, aunque aparentando aceptarla, la imposibilitase suspendiendo la proyectada salida y diese otra solución á la desesperada situación militar en que se encontraba.

Si Maximiliano hubiese creído que peligraba su vida en caso de ser hecho prisionero, habría adoptado sinceramente la solución propuesta por sus generales, que consistía, como ya lo hice notar, en sacrificar al ejército para que se salvaran los principales jefes. Miramón y sus compañeros al proponer lo que llamaron "un costoso y heroico sacrificio," no obraban instigados únicamente por el interés personal de salvar sus propias existencias á costa de la vida de sus soldados, sino que, al sacrificar á sus tropas para salvarse, obraban también instigados por el interés de su causa que creían vinculada en ellos. La mejor prueba de que ni Miramón ni Mejía trataban de salvar su vida á todo trance, está en que, cuando el General Escobedo ofreció al jefe serrano dejarlo escapar, éste rehusó hacerlo si no se permitía igual cosa á su soberano; y en que su joven y audaz compañero, en ninguna de las veces en que rompió la línea de circunvalación, trató de poner en seguridad su vida, amenazada por su condición de sitiado.

No se alucinó el Archiduque con las aparatosas frases de la «Exposición» de sus generales ó, lo que es más probable, éstos, privadamente, le dieron á conocer cuál era el objeto esencial de su proyecto. Así es que Maximiliano no abrigaba ilusiones respecto de la salida. Que no creía factible, ni aun rompiendo el cerco, llegar á Méjico y reunir las fuerzas así salvadas con las que estaban á las órdenes de Márquez, es cosa sobre la que no deja la menor duda el siguiente pasaje del Dr. Basch, quien ha revelado el pensar íntimo de Maximiliano: «Se trataba pues—dice—de saber de qué lado NOS EVADIRIAMOS. No podía pensarse en tomar la dirección de la capital, estábamos tan débiles que, aun logrando pasar, no habríamos podi-

do hacer una marcha tan larga. En este caso, habríamos tenido atrás de nosotros los ejércitos de Escobedo y Corona, superiores en número y en recursos al nuestro; y delante, el de Porfirio Díaz que según toda presunción, sitiaba la capital. Nuestra pequeña tropa, colocada entre estos tres cuerpos de ejército, habría sido destrozada en un instante. No nos quedaba más que un camino: el de la Sierra.

«Tal como el plan—agrega después—había sido arreglado, el Emperador pensaba esperar, en aquel refugio, los acontecimientos, los sucesos de Méjico, y después tomar allí una resolución. La corbeta austriaca «Elisabeth», mandada por el capitán de Grolle, se hallaba estacionada en el puerto de Veracruz; habría sido fácil hacerla venir á Tlaxpam, el puerto más cercano de la Sierra.» (1)

Un historiador francés, M. Taxile Delord, ha explicado perfectamente cuál era la perspectiva presentada á Maximiliano por la proposición de sus generales de «abrirse un paso, costase lo que costase, único medio de arrancar á la barbarie del enemigo el mayor número posible de soldados del ejército imperial.»

«Los hombres—dice—que daban tales consejos eran, sin duda, bastante valientes para ejecutarlos; pero la imposibilidad personal en la que se encontraban de concluir un arreglo con el Gobierno de Juárez, la certeza de que no tenían nada que esperar de él y que era segura su muerte si caían en sus manos, hacían su parecer un poco sospechoso á Maximiliano. Hecha la salida ¿qué les quedaba? Una vida errante á la cabeza de bandas miserables, en un país malsano; la fiebre y UNA MUERTE OSCURA SOBRE UN CAMINO REAL.» (2)

¿hora bien, si los generales podían resignarse—ya por salvar su vida, ya por mantener latente el fuego de su causa—á ser jefes de bandas y á exponerse á una muer-

(1) "Maximilien au Mexique," págs. 227 y 228.

(2) "Histoire du Second Empire," tomo V, pág. 149.

te obscura sobre un camino real, Maximiliano, que se titulaba Emperador; Maximiliano, que atendía sobre todo á conservar su prestigio en Austria; Maximiliano, que si había decidido en Orizaba volver sobre su primera determinación y permanecer en el país, fué para que ese prestigio no sufriera detrimento, como sucedería si regresaba á Europa entre los bagajes del Ejército francés; (1) Maximiliano, que creía haber afirmado ese mismo prestigio con la defensa de Querétaro; Maximiliano, que, tras la derrota de Sadowa, sería presentado en Austria por sus partidarios como un príncipe guerrero; Maximiliano no podía resignarse á ser un jefe de bandas miserables—como las llama Delord, atendiendo á la miseria en que forzosamente se hallarían—ni podía resignarse tampoco á una muerte obscura sobre un camino real.

Además, Maximiliano enfermo, acostumbrado á la vida palacial, con sus comodidades y sus etiquetas, no podía resignarse á la vida de guerrillero, á correr continuamente de la Ceca á la Meca, siempre á salto de mata, durmiendo hoy en la cima de un cerro, ocultándose mañana en las profundidades de una cueva. (2)

(1) Es conocidísima la carta de Eloín, jefe del Gabinete particular de Maximiliano, enviado por éste para pulsar la opinión austriaca. Esta carta, enviada torpemente por conducto del Cónsul de Méjico en Nuew York, fué entregada naturalmente al Cónsul de la República, que era el reconocido oficialmente con ese carácter. El Cónsul la hizo publicar y en seguida la remitió á Maximiliano: en ella se encuentran las siguientes palabras: "Tengo, sin embargo, la íntima convicción de que abandonar la partida antes del regreso del ejército francés, sería considerado como un acto de debilidad, y teniendo el Emperador su poder por el voto popular, al pueblo mejicano, libre de la presión de una intervención extranjera, es á quien debe apelar nuevamente y al que debe pedirle el apoyo material y los recursos indispensables para subsistir y progresar. Si este llamamiento no es escuchado, entonces V. M., habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, REGRESARÁ Á EUROPA CON TODO EL PRESTIGIO que á su partida le rodeaba; y en medio de los acontecimientos importantes que no tardarán en surgir, PODRÁ DESEMPEÑAR EL PAPEL QUE POR TODOS CONCEPTOS CORRESPONDE A S. M. Al atravesar Austria, he tenido ocasión de convencerme del descontento general que allí reina. Nada se hace todavía: el Emperador está desanimado. El pueblo se impacienta y PIDE PUBLICAMENTE SU ABDICACION. Las simpatías hacia V. M. se comunican ostensiblemente á todo el territorio. En Venecia, UN PARTIDO QUIERE ACLAMAR A SU ANTIGUO GOBERNADOR; pero cuando un gobierno dispone de las elecciones bajo el régimen del sufragio universal, fácil es, desde luego, prever sus resultados."

(2) Masseras que conoció bien á Maximiliano, hace de él este retrato "Lijero, hasta la trivialidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como

De aquí, que Maximiliano no viese en la salida proyectada por sus generales, una manera de continuar la lucha, sino, tan sólo una *evasión* para llegar á la sierra, donde hallaría un *refugio pasagero*, mientras se ordenaba á la corbeta austriaca, «Elisabeth» que se dirigiera á Túxpam, en donde pensaba Maximiliano que podría embarcarse.

Este plan presentaba grandes dificultades y grandes peligros. En primer lugar, la sierra no era un refugio seguro, las tropas sitiadoras después de ocupar á Querétaro, organizarían una batida sobre la sierra, y entonces Maximiliano quedaría expuesto, lo mismo que en la travesía á Túxpam á esa muerte obscura sobre un camino real, que importaba tanto evitar al ambicioso Archiduque Maximiliano. En segundo lugar, la vigilancia en Túxpam ó en cualquier otro puerto, era muy fácil para los republicanos victoriosos, quienes imposibilitarían el embarque del Archiduque. Por último, es muy sabida la sorda guerra de intrigas que se efectuó en torno de Maximiliano, y la gran desconfianza que le inspiraba, aunque inmerecidamente, el General Miramón: el recuerdo del llamado presidente Zuloaga, llevado por Miramón á la expedición de Guadalajara como un simple cautivo, recuerdo que ha de haber sido evocado siniestramente por los enemigos del bravo general, ha de haber producido en Maximiliano el temor de que Miramón no lo dejaría irse á embarcar, sino que lo retuviera cautivo en su poder para conservar entre sus manos la bandera viviente del Imperio.

Para evitar esas dificultades y esos peligros, Maxi-

en la conducta, á la vez irresoluto y obstinado, pronto á las aficiones pasajeras, sin ape- garse á nada ni á nadie, enamorado sobre todo del cambio y del aparato, con grande horror á toda clase de molestias, inclinado á refugiarse en las pequenezes para sustraerse á las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando á ella con igual inconsecuencia, no adquiriendo, por último, más experiencia y gusto de los negocios, que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe encargado de reconstituir á Méjico, era bajo todos aspectos, diametralmente opuesto á lo que habrían exigido el país y las circunstancias.

miliano que, como se ha visto por las palabras de su consejero íntimo el Dr. Basch, tenía la obsesión de embarcarse para Europa sin preocuparse en lo más mínimo por la suerte de sus generales: Maximiliano, repito, para evitar las dificultades y peligros concernientes á la estancia en la Sierra, á la marcha hácia Túxpam y al carácter de Miramón, creyó encontrar un medio *más fácil, mas cómodo y mas seguro* de llegar á un puerto y de embarcarse en él. Este medio consistía en proponer á Escobedo, con pretexto de que ya no quería que por su causa se continuara derramando sangre mejicana, y bajo la promesa solemne de que no volvería á pisar el territorio mejicano, que le permitiese salir con las personas de su servicio y escoltado por el Regimiento de la Emperatriz, para dirigirse á Túxpam ó á Veracruz, en donde se embarcaría para Europa. A cambio de este permiso, Maximiliano ofrecía *abandonar la plaza*; pero como el abandono de la plaza entrañaba el abandono de su ejército, en realidad esto era lo que proponía el Archiduque.

Para el caso probable de que el General Escobedo negase el permiso solicitado, y urgido por la premura del tiempo,—pues, si á fuerza de engaños había logrado demorar la salida por 24 horas, le sería imposible detener aún más á sus generales con una nueva demora—Maximiliano creyó todavía encontrar ese medio *fácil, cómodo y seguro* de llegar á un puerto, dejándose hacer prisionero, lo que lograría entregando la Cruz; pues imbuido del *sagrado carácter* de las personas de estirpe real, plenamente convencido de que un Archiduque caído prisionero, no se exponía, según el Derecho Internacional, sino á ser *puesto á bordo de un buque de su nación* (1)—que era precisamente lo que él deseaba—seguro de que los Ministros extranjeros exigirían en nombre de sus respectivas naciones *el privilegio de inmunidad* de que gozan, según él,

(1) Palabras de Maximiliano dirigidas al Fiscal de su causa.

los miembros de la Casa Archiducal, creyó que con las atenciones debidas á su rango y con la seguridad proporcionada por una fuerte escolta, sería llevado á Veracruz ó á Túxpam, y *puesto á bordo de la corbeta austriaca «Elisabeth.»*

Este fué el proyecto de Maximiliano. Bajo el punto de vista de sus erróneos fundamentos, era conveniente al interés personal del Archiduque, al interés de su ambición cifrada en la corona austriaca; pero ese proyecto era una gran felonía, que la conciencia de Maximiliano debía rechazar!

CAPITULO ALFONSO SINA